

de buen grado á pelear, y en el de paz con mayor gusto vuelvan á sus casas, lo cual sucederá siempre que fien su subsistencia en otra clase de trabajo. Conviene, pues, que, al terminar la lucha, los grandes señores se dediquen á gobernar sus vasallos, los gentiles hombres á cultivar sus propiedades, y los soldados á sus peculiares oficios, y que todos hagan voluntariamente la guerra para obtener la paz y no procuren turbar ésta por conseguir aquélla.

*Cosme.*—Vuestro razonamiento me parece exacto; pero, contradiciendo lo que yo había pensado hasta ahora, conservo aún algunas dudas, porque veo á bastantes señores y gentiles hombres vivir en la paz con el producto de sus cualidades militares, como muchos iguales á vos, que cobran sueldo de los príncipes ó repúblicas; veo que lo mismo sucede á casi todos los hombres de armas y á muchos soldados que guardan ciudades y fortalezas, y creo, por tanto, que, aun en la paz, encuentran en la profesión de las armas medios de subsistir.

*Fabricio.*—Páreceme que no opinaréis haya en las épocas pacíficas medios de mantener á cuantos intervienen en la guerra, pues aunque no hubiese en contra de esta opinión otras razones, bastaría para refutarla tener en cuenta el corto número de soldados que se emplean en las guarniciones. ¿Qué proporción hay entre la infantería ocupada en la guerra y la que se dedica á guarniciones? Las mismas ciudades necesitan para su guarda mucha más tropa en tiempo de guerra que en el de paz, y hay que añadir la que en mucho mayor número sale á campaña, innecesaria en las épocas tranquilas. Respecto á las que quedan guardando los Estados, á pesar de ser pocas, el Papa Julio y vosotros los florentinos habéis demostrado á todo el mundo cuánto hay que temer á los que tienen por único

oficio la milicia, pues por su insolencia los quitasteis de vuestras guarniciones, reemplazándolos con suizos, nacidos y educados en el respeto de las leyes y elegidos conforme á las reglas citadas. No digáis, pues, que en la paz hay medios para mantener á todos los militares.

La cuestión de que los hombres de armas conserven todo su sueldo en tiempo de paz, es más difícil de resolver. Sin embargo, bien pensado, la respuesta es fácil, porque el sistema de mantener en estos casos á los hombres de armas no es bueno, sino pernicioso. Tienen por oficio la guerra, y si fueran en gran número en los Estados que los conservan, causarían grandes perturbaciones; pero siendo pocos é imposibilitados de formar ejército ellos solos, les es casi imposible causar perjuicios graves. No obstante, los han producido algunas veces, como ya lo dije hablando de Francisco Sforza, de su padre, y de Bracio de Perusa. Por tanto, la costumbre de mantener hombres de armas no la apruebo, por ser perniciosa y poder ocasionar grandes inconvenientes.

*Cosme.*—¿Prescindiríais de ellos? Ó, en caso de tenerlos, ¿cómo los tendríais?

*Fabricio.*—En forma de milicia ciudadana, no conforme á la que tiene el rey de Francia, tan peligrosa y mala como la nuestra, sino semejante á la de los antiguos, que organizaban la caballería con súbditos suyos, y, hecha la paz, enviaban á los soldados á sus casas, á ocuparse en sus oficios, según explicaré detenidamente más adelante. Si ahora esta parte del ejército tiene por oficio la milicia aun en tiempo de paz, es por efecto de la corrupción de las instituciones militares.

En cuanto á los sueldos que me dan y también reciben otros generales, digo que es una costumbre muy perniciosa, y que en una república bien organizada no



deben darse, nombrando los generales entre sus ciudadanos en tiempo de guerra, y licenciándolos en el de paz, para que vuelvan á sus habituales ocupaciones. Tampoco un rey prudente debe dar tales sueldos, ó darlos sólo en premio de grandes hechos, ó en el caso de querer valerse de los servicios de un hombre en la paz y en la guerra. Y ya que me habéis puesto por ejemplo, diré que jamás he ejercido el arte militar como profesión, pues la mía se limita á gobernar mis súbditos y defenderlos, para lo cual debo amar la paz y saber hacer la guerra, estimándome y premiándome mi rey, no sólo por mi competencia en la guerra, sino por lo que le aconsejo en la paz. A ningún rey que sea sabio y prudente y quiera gobernar bien, le conviene tener junto á sí otra clase de personas, porque si son demasiado amantes de la paz ó de la guerra, le harán cometer errores.

Por ahora no me propongo deciros más de este asunto. Si lo dicho no os convence, debéis buscar quien mejor que yo lo haga. Ya habréis empezado á conocer cuán difícil es acomodar los antiguos procedimientos á las guerras actuales; las precauciones que á los hombres prudentes conviene adoptar y las circunstancias que para plantearlos pueden aprovecharse. Comprenderéis más fácilmente estas cosas, si no os molesta mi discurso, al comparar, como voy á hacerlo, algunas de las instituciones antiguas con las modernas.

*Cosme.*—Si antes de oiros deseábamos hablar de estos asuntos, lo que acabáis de decir redobla, seguramente, nuestro deseo. Muy agradecidos á lo que ya nos habéis enseñado, os rogamos que continuéis.

*Fabricio.*—Puesto que os place, empezaré tratando esta materia desde el principio, para facilitar su comprensión con amplias explicaciones. El fin que se propone quien hace la guerra, es combatir con toda clase

de enemigos en campo abierto y ganar batallas. Para conseguir esto, es preciso organizar un ejército; y para crear un ejército se necesita encontrar hombres, armarlos, ordenarlos, adiestrarlos, ejercitarlos en grandes y pequeñas agrupaciones, saberlos acampar y enseñarles á resistir al enemigo á pie firme ó caminando. Todo esto constituye el arte de la guerra campal, que es la más necesaria y la más honrosa. A quien sepa vencer al enemigo en una batalla, se le perdonarán los demás errores que cometa en la dirección de la campaña; pero quien no sepa darla, aunque en todo lo demás del ejercicio de las armas sea excelente, no terminará una guerra con honor. Una batalla ganada borra todas las malas operaciones que hayas hecho, y si la pierdes, es inútil todo lo realizado antes de darla.

Como lo primero que se necesita es reunir hombres, hay que empezar por el reclutamiento, que llamaré *elección*, por darle nombre más digno, y conforme al que tenía en la antigüedad. Los que han escrito acerca del arte de la guerra, dicen que deben elegirse hombres de comarcas templadas para que tengan valor y prudencia, porque las cálidas los producen prudentes, pero no valerosos, y las frías animosos, pero imprudentes. Este precepto sería bueno para un rey de todo el mundo, y que, por tanto, pudiera sacar soldados de donde quisiera. La regla de fácil aplicación consiste en que las repúblicas ó los reinos saquen los soldados de su propio país, sea cálido, frío ó templado, porque ejemplos antiquísimos demuestran que en todas partes el ejercicio hace buenos soldados y, donde la naturaleza no los produce, los forma el trabajo que, para esto, vale más que la naturaleza. Si se eligen fuera del país, no deben llamarse elegidos, porque esta palabra significa tomar los mejores de una provincia y poder obligar á ir al ejército á los que quieran y á los que no quieran. No



hay, pues, medio alguno de elegir sino en las comarcas sometidas á tu autoridad, porque de países que no sean tuyos no puedes llevarte á quien quieras, sino aceptar á los que quieran ir contigo.

*Cosme.*—Sin embargo, entre estos últimos se puede tomar á unos y dejar á otros, y á esto también debe llamarse elección.

*Fabricio.*—Verdad es en cierto modo lo que decís; pero tened en cuenta los defectos de este género de elección, pues veces ocurre que no lo es. En primer lugar, no son tus súbditos los que se alistán voluntariamente; lejos de ser los mejores, suelen ser los peores de cada provincia, pues los más escandalosos, vagos, desenfrenados, irreligiosos, desobedientes á sus padres, blasfemos, jugadores y llenos de toda clase de vicios, son los que quieren dedicarse al oficio de soldados, y las costumbres de tales hombres no pueden ser más dañosas á una verdadera y buena milicia. Cuando se ofrecen más de los que necesitas, puedes elegir entre ellos; pero siendo la masa mala, la elección no será buena. Muchas veces sucede que los alistados no son tantos como tú necesitas, y te ves obligado á tomarlos todos, en cuyo caso no hay elección posible; lo que haces es asoldar infantería. De esta mala manera se organizan los ejércitos en Italia y en otras partes, excepto en Alemania, porque el alistamiento no se hace por obediencia al príncipe, sino por voluntad del que quiere servir en la milicia. Juzgad ahora si es posible establecer la antigua disciplina en ejércitos formados de esta manera y con tales hombres.

*Cosme.*—¿Qué convendría hacer en este caso?

*Fabricio.*—Lo que ya he dicho, elegir los soldados entre los súbditos y por virtud del mandato del príncipe.

*Cosme.*—Y en los así elegidos, ¿podría establecerse la antigua disciplina?

*Fabricio.*—Bien sabéis que sí, cuando quien los mande sea su príncipe ó señor, tratándose de una monarquía, ó un ciudadano nombrado general, si es en una república. De otra suerte, es muy difícil hacer algo provechoso.

*Cosme.*—¿Por qué?

*Fabricio.*—Os lo diré oportunamente. Conste por ahora que no hay otro procedimiento para organizar bien un ejército.

*Cosme.*—Debiendo hacerse la elección para la milicia en el propio país, ¿dónde será mejor ejecutarla, en las ciudades ó en los campos?

*Fabricio.*—Cuantos han escrito de estas materias dicen ser mejor hacerla en los campos, porque los campesinos están avezados á las fatigas y á las inclemencias del tiempo, acostumbrados á vivir al sol y no á la sombra, á manejar el hierro, cavar un foso, llevar peso, y ser en general menos inclinados á la astucia y á la malicia. Mi opinión es que, habiendo dos clases de soldados, unos á pie y otros á caballo, los primeros deben ser elegidos en los campos, y los segundos en las ciudades.

*Cosme.*—¿De qué edad los reclutaréis?

*Fabricio.*—Según los casos. Para organizar un ejército donde no lo haya, es preciso reclutar á todos los hombres aptos y en edad para ser soldados, á fin de poderlos instruir como diré más adelante; pero haciendo la elección donde hay ya ejército organizado, y sólo para el reemplazo, los tomaría de diez y siete años, pues los de mayor edad estarán ya reclutados.

*Cosme.*—¿Queréis, pues, una organización semejante á la que tenemos los florentinos?

*Fabricio.*—Justamente. Pero armada, mandada, ejercitada y ordenada como no sé si lo está entre vosotros.



*Cosme.*—¿Luego elogiáis nuestra organización militar?

*Fabrizio.*—¿Por qué he de censurarla?

*Cosme.*—Pues muchos sabios la han censurado.

*Fabrizio.*—Lo que decís de que los sabios censuran vuestra organización militar, es contradictorio. Se puede tener reputación de sabio y equivocarse.

*Cosme.*—Los deplorables resultados que dió siempre nos ha hecho formar esa mala opinión.

*Fabrizio.*—Cuidad no sea la falta vuestra en vez de ser suya. Acaso lo sepáis antes de terminar nuestra conversación.

*Cosme.*—Tendré mucho gusto en ello. Pero antes os diré de qué la acusan para que podáis defenderla más fácilmente. Aseguran que, ó es inútil y confiando en ella nos exponemos á perder el Estado, ó es valerosa, y quien la mande podrá, en tal caso, usurpar el poder. En prueba de ello alegan que los romanos, por tener ejércitos propios, perdieron la libertad; que los venecianos para librarse de obedecer á uno de sus conciudadanos se valen de ejércitos extranjeros, y que el rey de Francia ha desarmado á sus pueblos para poderlos gobernar más fácilmente. Pero más que este peligro temo el de su inutilidad, acerca de la cual se aducen principalmente dos razones: una, que los soldados son inexpertos, y otra, que sirven á la fuerza, pues, según dicen, á cierta edad no es posible habituarse á la milicia, y nada bueno se hace á la fuerza.

*Fabrizio.*—Los que alegan las razones que acabáis de exponer son hombres de cortas miras, y voy á demostrarlo claramente. En cuanto á la inutilidad, aseguro que no hay milicia más útil que la propia, y no se puede organizar milicia propia sino del modo que he referido. Como esto no se discute, no quiero perder tiempo en demostrarlo, pues todos los ejemplos de la historia an-

tigua están en nuestro favor. A los argumentos de la inexperiencia y de la fuerza contestaré ser cierto que la inexperiencia no aumenta el valor, y la fuerza produce el descontento; pero los soldados bien armados, bien ejercitados y bien organizados, adquieren pronto la experiencia y el valor, según lo veréis demostrado más adelante. Respecto á la fuerza, tened en cuenta que los llamados por orden del príncipe á empuñar las armas, no van al servicio, ni completamente obligados, ni por su espontánea voluntad, porque esto último tendría los inconvenientes, ya expresados, de no haber elección ni el número suficiente de voluntarios. Por otra parte, como el empleo de excesiva fuerza para el reclutamiento produciría muy mal resultado, se debe adoptar un término medio entre la violencia y la libertad, y que el recluta acuda á las filas por obediencia á las órdenes del soberano, y porque tema más su indignación que los trabajos de la vida militar. De esta suerte resultará una mezcla de fuerza y voluntad que no ha de tener las malas consecuencias del descontento.

No quiero decir que un ejército así organizado no pueda ser vencido, porque muchas veces lo fueron los ejércitos romanos, y vencido fué el de Anníbal, lo cual demuestra que no se puede formar un ejército con la esperanza de que sea invencible. Vuestros sabios no deben, pues, juzgar inútil una organización militar porque el ejército sea vencido alguna vez, sino creer que lo mismo pudo ser vencedor y aplicarse á remediar las faltas que produjeron la derrota. Cuando las averigüen, verán que no consisten en defectos del sistema, sino en no haberlo planteado bien.

En cuanto á que esta organización de la milicia facilite á su jefe usurpar el poder, respondo que los ciudadanos ó súbditos, al empuñar las armas por virtud de las leyes y de la constitución, jamás causan daño, y



siempre serán útiles, conservándose los Estados mayor tiempo con ejércitos de esta clase que sin ellos. Con sus ciudadanos armados vivió libre Roma durante cuatrocientos años, y Esparta ochocientos. Muchos otros Estados, que los tenían sin armas, apenas han durado cuarenta años. Las naciones necesitan ejércitos y, cuando no los tienen propios, toman á sueldo los extranjeros, los cuales, mucho más pronto que los propios, perjudican al bien público, por corromperse más fácilmente, por estar más dispuestos á apoyar la ambición de un ciudadano poderoso y por ser materia á propósito cuando se trata de oprimir á hombres desarmados. Además, el peligro es mayor en los Estados con dos enemigos que con uno, y los que se valen de ejércitos extranjeros temen á la vez á los extranjeros tomados á sueldo y á los ciudadanos, como lo prueba lo antes dicho de Francisco Sforza; mientras los que tienen ejércitos propios sólo temen á los ciudadanos. Prescindiendo de otras muchas razones, alegaré la de que todos los fundadores de repúblicas ó reinos han confiado siempre su defensa á los mismos habitantes.

Si los venecianos hubiesen sido tan sabios en esto como en sus demás instituciones, habrían conquistado el mundo; siendo tanto más reprobables cuanto que sus primeros legisladores les pusieron las armas en las manos. No tenían posesiones continentales, y organizaron fuerzas de mar, donde con sus propios ciudadanos hicieron valerosamente las guerras, engrandeciendo la patria. Cuando después se vieron precisados á guerrear en tierra para defender á Vicenza, en vez de dar el mando en jefe á uno de sus conciudadanos, tomaron á sueldo al marqués de Mantua, determinación funesta que atajó sus aspiraciones de ampliar sus dominios. Si lo hicieron por creer que no sabrían pelear en tierra como en mar, la creencia fué errónea, pues es más

fácil á un general de marina, llamado á luchar con el agua, el viento y los hombres, ser general en tierra, donde sólo se combate con los hombres, que á un general de ejército mandar los barcos de guerra. Los romanos, que sabían combatir en tierra y no en mar, cuando tuvieron guerras con los cartagineses, tan poderosos en la mar, no tomaron á sueldo marinos griegos ni españoles, sino encargaron este cuidado á los mismos ciudadanos que militaban en tierra, y vencieron. Si los venecianos obraron así porque no se apoderase del poder algún conciudadano que mandara el ejército, su temor era infundado, pues, además de las razones antes expuestas, hay la de que, si ninguno de los puestos al frente de sus fuerzas marítimas jamás intentó tiranizar una ciudad como Venecia, rodeada del mar, menos pudiera hacerlo el general de un ejército terrestre. Debieron juzgar que no son los ciudadanos armados quienes originan las tiranías, sino las malas instituciones y los malos gobiernos, y donde el gobierno es bueno no hay motivo para temer las armas en manos de los ciudadanos. Tomaron, pues, una determinación imprudente y perjudicialísima á su poder y á su gloria.

En cuanto al error que comete el rey de Francia no teniendo á su pueblo organizado para la guerra, que es el otro ejemplo aducido, no hay persona desapasionada que no lo juzgue uno de los vicios de organización de aquel reino, y la causa principal de su debilidad.

Pero esta digresión es demasiado larga, y acaso me haya apartado del asunto. La he hecho para responder y demostrar que no se puede fundar la seguridad sino en ejércitos propios, y éstos han de organizarse por medio de milicias nacionales, única manera buena de tener fuerza armada en un Estado y de establecer la disciplina militar. Examinando atentamente las instituciones de los primeros reyes de Roma y con especia-



lidad las de Servio Tulio, se advierte que la organización por clases es una milicia para poner rápidamente en pie de guerra un ejército que defienda el Estado.

Volviendo á nuestro asunto, digo que la recluta para el reemplazo en un ejército ya organizado la haría de hombres de diez y siete años, y para un ejército que se forme de nuevo los elegiría desde los diez y siete á los cuarenta años, á fin de poder servirme de ellos inmediatamente.

*Cosme.*—Tendríaís en cuenta los distintos oficios al hacer la elección.

*Fabricio.*—Los aludidos escritores los tienen, porque no quieren pajareros, pescadores, cocineros, rufianes, ni en general los que se dedican á ocupaciones de puro solaz, prefiriendo, además de los labradores, á los herreros, carpinteros, herradores, carniceros, cazadores y de otros idénticos oficios. Yo no estableceré diferencia entre los oficios en cuanto al valor real de los hombres, sino en cuanto á la utilidad que se puede obtener de ellos; y por esta razón los campesinos, habituados á los trabajos de la tierra, son los mejores por ser la ocupación que más se adapta á las faenas del ejército. Después conviene tener bastantes herreros, carpinteros, herradores y canteros, porque en muchas circunstancias necesita el ejército operarios de estos oficios, y los soldados que los prestan son, por tanto, de doble aprovechamiento.

*Cosme.*—¿En qué se conocen los hombres que son ó no buenos para el servicio militar?

*Fabricio.*—Habiendo dicho ya algo de la elección de reclutas para reemplazar las bajas naturales de un ejército organizado, me referiré ahora á la organización de una milicia nueva para formar después con ella un ejército. Digo, pues, que las buenas condiciones del que hayas de elegir para soldado, se conocen, ó por expe-

riencia, si ha ejecutado alguna acción notable, ó por conjeturas. Las pruebas de valor no cabe apreciarlas en hombres elegidos de nuevo y que nunca han militado, que son casi la totalidad ó todos los reclutados para formar un ejército nuevo. Faltando, pues, la experiencia en este caso, es necesario acudir á las conjeturas que se forman, atendiendo á la edad, el oficio y la constitución física del recluta. Ya hemos hablado de las dos primeras condiciones; falta decir algo de la tercera. Algunos, entre ellos Pirro, han dicho que el soldado debe ser de elevada estatura. César opina que esta condición se suple con la agilidad del cuerpo, la cual puede apreciarse por la conformación y la gallardía del soldado. Dicen los que han escrito de esta materia que conviene tengan los ojos vivos y animados, el cuello nervioso, el pecho ancho, los brazos musculosos, los dedos largos, poco vientre, las caderas robustas, piernas y pies delgados, condiciones todas que hacen á los hombres ágiles y fuertes, las dos principales cualidades de un soldado. Se cuidará especialmente de que sus costumbres sean honradas; de lo contrario, lo que se elige es un instrumento de escándalo y un principio de corrupción. No habrá quien crea que un hombre disoluto y embrutecido por los vicios es capaz de alguna virtud laudable.

No creo superfluo, sino necesario, para que comprendáis mejor la importancia del reclutamiento, decir cómo los cónsules romanos, al empezar el ejercicio de su cargo, elegían los soldados para las legiones romanas. Las continuas guerras hacían que en estos reclutamientos entrasen soldados veteranos y bisoños, pudiéndose aplicar la experiencia á los viejos y las conjeturas á los nuevos. Se debe advertir que estas levas se hacen, ó para emplear inmediatamente á los reclutas en una guerra, ó para ejercitarlos y aprovechar sus servicios



en tiempo oportuno. No me refiero ni hablaré más que de estos últimos, porque mi intento es explicar cómo debe organizarse un ejército en un país donde no haya milicia, y, por tanto, donde no cabe formar inmediatamente un ejército, pues donde hay la costumbre de formarlos por mandato del soberano, los reclutas pueden ir en seguida á campaña, como sucedía en Roma y como lo practican hoy los suizos. En reclutamiento de esta especie entran soldados bisoños y veteranos, y mezclados los nuevos y los viejos forman un cuerpo de tropas unido y bueno. Sin embargo, cuando los emperadores empezaron á tener constantemente los ejércitos acampados, nombraban maestros para enseñar el ejercicio de las armas á los soldados bisoños, que llamaban *tirones*, como se ve en la vida del emperador Maximino; cosa que se hacía, mientras Roma fué libre, no en el ejército, sino dentro de la ciudad, y esta costumbre de los ejercicios militares para educar á los jóvenes producía que, al ser elegidos para ir á la guerra, tan adiestrados estaban en los simulacros de maniobras militares, que fácilmente se acomodaban á las operaciones de las campañas. Los emperadores abolieron estos ejercicios, y se vieron obligados á reemplazarlos del modo explicado.

Llegamos á la forma del reclutamiento romano. Los cónsules, encargados de todo lo concerniente á la guerra, queriendo organizar los ejércitos, al empezar á desempeñar su cargo (porque era costumbre que cada uno de ellos tuviera dos legiones formadas exclusivamente de romanos, que eran el nervio de sus tropas) nombraban veinticuatro tribunos militares, adjudicando seis á cada legión, los cuales hacían en ella el oficio de los que hoy llamamos condestables. Reunían después á todos los ciudadanos romanos aptos para llevar las armas, y colocaban separadamente los tribunos de

cada legión. En seguida se sorteaban las tribus para determinar en cuál debía empezar la elección; en ella escogían cuatro de los mejores, uno por el tribuno de la primera legión; de los tres restantes, otro por el tribuno de la segunda; de los dos que quedaban, otro por el tribuno de la tercera, y el último correspondía á la cuarta legión. Después se escogían otros cuatro, el primero por el tribuno de la segunda legión, el segundo por el de la tercera, el tercero por el de la cuarta, y el cuarto iba á la legión primera. Después se escogían otros cuatro, el primero para la legión tercera, el segundo para la cuarta, el tercero para la primera, y el cuarto para la segunda. Así continuaba la elección hasta completar las legiones. Como antes decimos, este sistema de reclutamiento podía practicarse para enviar inmediatamente los soldados á la guerra, pues muchos de los elegidos eran prácticos en la guerra verdadera, y todos ejercitados en la simulada, cabiendo hacer la elección por conjeturas y por experiencia. Pero donde haya de organizarse una milicia de nuevo y ejercitarla á fin de que pueda operar en tiempo oportuno, la elección de los hombres sólo puede hacerse por conjeturas fundadas en la edad y en el aspecto de las personas.

*Cosme.*—Creo exacto cuanto decís; mas antes de que paséis á otro asunto, deseo preguntaros acerca de una cosa que he recordado al oiros asegurar que, donde no hay costumbre de tener milicias, la elección de los hombres para el ejército se hace por conjeturas. En muchas partes he oído censurar nuestra milicia, sobre todo por lo numerosa, sosteniendo algunos que debía formarse de menos gente, lo cual tendría las ventajas de ser más escogidos y mejores los soldados, no se causaría tantas molestias á los habitantes, y podría darse á los elegidos algún sueldo mediante el cual servirían más satisfechos



y obedientes. Deseo oír vuestra opinión en este punto; si preferís la milicia en grandes ó en pequeñas proporciones, y el procedimiento que para elegirla emplearíais en uno ú otro caso.

*Fabricio.*—La milicia numerosa es, sin duda, más segura y útil; mejor dicho, en ninguna parte se formará buena milicia si no es muy numerosa, y fácilmente refutaré los argumentos alegados en contra de esta opinión. En primer lugar, no por elegir pocos donde la población es numerosa, como en Toscana, la elección es más selecta y mejores los escogidos, porque si á ella se aplica la experiencia, se tropezará con que es aplicable á muy pocos, por ser pocos los que han estado en la guerra y poquísimos los que en ella han tenido ocasión de probar su valor, por el cual merecieran ser elegidos con preferencia á los demás; de suerte que quien elige tiene que prescindir de la experiencia y fiarse de las conjeturas. En este caso quisiera saber á qué regla debo atenerme, si me presentan veinte jóvenes de buena presencia, para escoger á unos y desechar á otros. Todo el mundo convendrá en que lo menos expuesto á equivocaciones, ya que no cabe elegir entre ellos, es armar y ejercitar á los veinte, reservándose preferir á los de más ingenio y valor cuando la práctica de los ejercicios lo demuestre. De modo que, bien mirado, es un error reclutar pocos por tenerlos mejores.

En cuanto á lo de causar menos molestias á los habitantes, digo que la milicia, sea ó no numerosa, no molesta á los ciudadanos, porque no les priva de atender á sus ocupaciones ni les liga de modo que no puedan hacer lo que necesiten, consistiendo su obligación en reunirse los días festivos para ejercitarse, lo cual no perjudica al país ni á los habitantes, y hasta sirve de grata distracción á los jóvenes, que en vez de vagar en dichos días, pasándolos en entretenimientos poco dig-

nos, irán á los ejercicios militares, deleitándose con el hermoso espectáculo del manejo de las armas, siempre agradable á la juventud.

Respecto á que siendo la milicia nacional escasa, podría ser pagada, y así estaría más satisfecha y obediente, respondo que no hay milicia posible con tan pocos hombres como los que constantemente pueden ser pagados, si la paga ha de satisfacerles; por ejemplo, si se forma una milicia de cinco mil infantes, para dar á éstos un sueldo que les satisfaga, se necesitarán por lo menos diez mil ducados mensuales. En primer lugar, este número de infantes no basta para formar un buen ejército, y la paga es un gasto insoportable para un Estado. Además, resultaría insuficiente para tener á los soldados contentos y obligados á servir en todo caso; de modo que, haciendo esto, gastaríais demasiado, tendríais poca fuerza armada y nunca la necesaria para defenderos ó para realizar alguna empresa. Si aumentáis el sueldo ó la milicia, mayor será la imposibilidad de pagarla; y si disminuís la paga ó reducís el número de hombres, mayor el descontento de éstos y su inutilidad. Por tanto, los que defienden una milicia nacional pagada en tiempo de paz y cuando los milicianos están en sus casas, defienden una cosa inútil é imposible. La paga es indispensable cuando se les lleva á la guerra. En suma, si la organización de la milicia nacional produce algunas molestias en tiempo de paz, lo que no creo, en cambio ocasiona todos los bienes consiguiéntes á una fuerza bien ordenada en un Estado, sin la cual no hay seguridad para ninguna cosa.

Afirmo, pues, que quien quiera una milicia poco numerosa por poderla pagar ó por cualquiera otra de las razones que habéis expuesto, comete un error. Confirmando mi opinión, cada día disminuirá, por la multitud de impedimentos con que tropiezan los hombres,



el número de los alistados, de suerte que el de milicianos quedará reducido á casi ninguno. En cambio, si la milicia es numerosa, podéis á vuestra elección valeros de pocos ó de muchos, y debiendo servirlos como fuerza efectiva y como reputación, mayor será una y otra cuanto más milicianos haya. Añádese á esto que, siendo el objeto de la milicia tener á los hombres ejercitados, si los alistados son pocos y el país extenso, distan tanto unos de otros, que no pueden, sin grandes molestias y perjuicios, reunirse para los ejercicios y, sin los ejercicios, la milicia es inútil, como oportunamente probaré.

*Cosme.*—Basta lo que habéis dicho para contestar á mi pregunta; pero ahora deseo que aclaréis otra duda mía. Dicen algunos que la multitud armada produce confusión, escándalo y desorden en el país.

*Fabricio.*—Esta es otra opinión equivocada, según voy á demostrar. Los ciudadanos armados pueden causar desórdenes de dos modos: ó promoviéndolos entre sí, ó contra los desarmados. Ambas cosas se evitan fácilmente, cuando la misma milicia no las remedia, como sucede respecto á las perturbaciones en su seno; y sostengo que el dar armas y jefes al pueblo no fomenta, sino impide los desórdenes. Si el país donde ha de ordenarse la milicia es tan poco belicoso que carece de hombres acostumbrados al manejo de las armas y tan unido que no hay en él jefes ni bandos, la milicia le hará más fuerte contra los extranjeros, pero no creará la desunión, porque en los pueblos bien regidos los hombres respetan las leyes, lo mismo armados que desarmados. Jamás ocasionan perturbaciones si no las producen los jefes que les dáis, y ya diré los medios de evitar este peligro.

Pero si el país donde vais á organizar la milicia es belicoso y está dividido en bandos, la constitución de

la fuerza armada sirve para restablecer el orden; porque, sin ella, tenían armas y jefes, pero armas inútiles para la guerra y jefes promovedores de escándalos, mientras la organización de la milicia les da armas convenientes para guerrear y capitanes dispuestos á sofocar los desórdenes. Si antes de establecerla los ciudadanos ofendidos acudían al jefe de su bando, quien, para mantener su reputación, les alentaban á la venganza, no á la paz, lo contrario hará el jefe de la fuerza pública, quitando motivos á los desórdenes y procurando la unión. De tal suerte, allí donde los habitantes están unidos, pero son afeminados, pierden esta mala cualidad y mantienen la unión, y donde viven en confusión y desorden, se ordenan y tranquilizan, resultando en provecho de la patria el valor que empleaban en luchas intestinas.

En cuanto al peligro de que los ciudadanos armados opriman á los que no lo están, se debe tener en cuenta que sólo podrían hacerlo mediante los jefes que les gobiernan. Para que estos jefes no puedan promover desórdenes, es necesario cuidar de que no adquieran gran prestigio con sus tropas. El prestigio se alcanza, ó naturalmente, ó por algún suceso accidental. Para contrarrestar el primero, conviene que el nacido en una localidad no sea jefe de la milicia organizada en ella, sino en otra donde no tenga motivos de particular interés. Respecto á los sucesos accidentales, deben arreglarse las cosas de modo que anualmente sean trasladados los jefes de un mando á otro, porque la continuada autoridad sobre los mismos hombres produce entre el que manda y los que obedecen tanta unión, que fácilmente puede convertirse en perjuicio del príncipe.

El imperio de los asirios y el de los romanos ofrecen ejemplos de lo útiles que han sido estas traslaciones de jefes donde se han practicado, y lo dañoso de no hacer-



las. El imperio asirio vivió mil años sin desórdenes ni guerras civiles, por la costumbre de trasladar anualmente de un mando á otro á los generales que estaban al frente de las tropas. Muy al contrario, en el imperio romano, extinguida la familia de César, promoviéronse tantas guerras civiles entre los generales de los ejércitos y tantas conspiraciones de éstos contra los emperadores, por tener constantemente los mismos generales al frente de las tropas. Si entre los primeros emperadores, algunos de los que ejercieron el poder con justa fama, como Adriano, Marco Aurelio, Severo y otros, hubieran tenido la previsión de establecer estos cambios de mando de generales, habrían dado, sin duda, al imperio mayores condiciones de estabilidad y de duración, porque los generales hubiesen tenido menos medios para promover desórdenes, los emperadores menos motivos para temerles, y el Senado, no habiendo derecho de sucesión en la dignidad imperial, mayor influencia por la facultad de elegir emperadores, siendo las elecciones más acertadas. Pero ni los buenos ni los malos ejemplos destruyen las malas costumbres engendradas por la ignorancia ó pereza de los hombres.

*Cosme.*—No sé si mis preguntas os obligan á apartaros del asunto, porque del sistema de elección hemos pasado á otro orden de ideas, y, si ya no me hubiese excusado, creería merecer alguna reprensión.

*Fabricio.*—De ningún modo. Todas estas explicaciones eran indispensables para hablar de la milicia. Censurada por muchos, debía empezar refutando las censuras, puesto que ha de ser la base del reclutamiento ó elección de soldados. Antes de pasar á otro punto, diré algo acerca de la elección de los hombres para la caballería. Los romanos la organizaban con los ciudadanos más ricos, teniendo en cuenta los años y la calidad de las personas, y elegían trescientos por legión, de modo

que la caballería en un ejército consular no pasaba de seiscientos hombres.

*Cosme.*—¿Organizaríais milicia de caballería para que se ejercitara durante la paz y sirviera en la guerra?

*Fabricio.*—Es indispensable, y no se puede obrar de otra manera cuando se quiere tener ejército propio, y no servirse de los que tienen el arte de la guerra por único oficio.

*Cosme.*—¿Cómo la elegiríais?

*Fabricio.*—Imitaría á los romanos, escogiendo los más ricos, dándoles jefes, como ahora se les dan, armándolos y ejercitándolos.

*Cosme.*—¿Creéis que se les debería dar algún sueldo?

*Fabricio.*—Sí; pero sólo la cantidad necesaria para mantener el caballo, porque si los soldados tuvieran la obligación de alimentarlo, podrían quejarse de esta carga. Es, por tanto, necesario pagarles el caballo y el gasto que ocasiona.

*Cosme.*—¿Qué número de soldados de caballería tendríais, y cómo los armaríais?

*Fabricio.*—Esta ya es otra cuestión que trataré cuando os haya dicho cómo debe armarse la infantería y prepararse para combatir.